


Independencia, revolución... y ¿qué más?

Emmanuel Páez
Diseño de la Comunicación Gráfica



Especialmente la primera mitad de este año ha estado llena de mensajes que nos recalcan lo contentos y orgullosos que debemos estar por pertenecer a esta generación que puede vivir el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución. Lo anterior ha sido engalanado con un proyecto por demás conocido por la opinión pública: Iniciativa México. Con toda esta parafernalia como escenario, ¿realmente podemos celebrar con regocijo estas fiestas?

Todos sabemos que México es un país espectacular que tiene paisajes increíbles, una cultura milenaria y un candor inigualable en su gente, pero ¿cuál sería el nombre del movimiento que debería marcar este centenario?

Los personajes que han enviado el mensaje de esperanza son Javier Aguirre y Salma Hayek: iconos del fútbol y la actuación, respectivamente. El primero salió con un aire temerario en un anuncio de televisión, con el Ángel de la Independencia detrás de él, diciendo: “hay que pasar del México del sí se puede, al México del ya se pudo”. Por su parte, la bella hija que Coatzacoalcos le regaló a Hollywood también anima al pueblo mexicano a atreverse a soñar. Una pregunta salta en mi cabeza, y es que hay muchas cosas que no tienen coherencia. ¿Acaso fueron ellos los personajes indicados para representar el México de estos días?

Seguramente los organizadores pensaron que sería mejor poner como vocero de esa campaña al director técnico de la selección varonil mexicana de fútbol –porque también hay femenil–, alguien que calificó de jodido a México ante una importante emisora española de radio, aventurándose a decir, meses antes de hacer el anuncio de Iniciativa México, que de nuevo no volveríamos a pasar de entre los 10 y los 15. Más bien para él somos el México del “ya ni modo”. ¿Pensaría también que Madame Pinault sería otro buen ejemplo?; una mujer que desde hace más de dos décadas no vive en su país de origen, cuyas aguas veracruzanas seguramente deshidrataron su hermosa cabellera alguna vez.

Creo que hubiera sido mejor poner a los personajes que padecemos la realidad que se vive en el país. Tal vez aquella prostituta que tiene que arriesgarse noche tras noche para costear la alimentación de sus hijos, o el jornalero que tuvo que cruzar el

Río Bravo para obtener “mejores” oportunidades en los Estados Unidos, o la chica que se ve obligada a dejar sus estudios porque tiene que decidir entre pagar la renta y comprar un libro, hubieran reflejado no sólo la pobreza económica que vive el país, sino la pobreza moral que se posa como un velo opaco sobre la sociedad.

La verdad es que a veces preferimos hacer como si no pasara nada, cuando realmente pasa todo. Nos hemos acostumbrado a escuchar en las noticias los constantes asesinatos en la guerra contra el narco, cuando en realidad nos debería causar repudio. Es increíble el salario mensual que gana la trabajadora de una fábrica comparado con el medio millón de pesos que gana mensualmente un ministro de la Suprema Corte de Justicia. Y encima de eso, nos ponemos el pie los unos a los otros cuando nos deberíamos ayudar entre nosotros.

Lo que necesitamos, y no solamente por ser el Bicentenario de la Independencia o el Centenario de la Revolución, es examinarnos nosotros mismos y no al de al lado, suprimiendo esos anuncios que sólo alimentan esperanzas superfluas creadas por personajes muy poderosos, causantes de la situación tan precaria que se vive hoy.

Como estudiantes de una universidad pública debemos sentirnos orgullosos de aquellos mexicanos que ponen un peso de su bolsillo, por medio de impuestos, para que nosotros podamos tener un lugar en un aula, ansiado por miles de otros jóvenes. Debemos alegrarnos por los pequeños o grandes logros que nuestros compañeros alcancen, y lo más importante es tener ese orgullo que nos lleva a construir un círculo virtuoso, en el que aprendemos y enseñamos lo que sabemos.

Independencia, Revolución y Transfiguración, así podría ser el orden de la historia de México; pero ¿por qué transfiguración? Porque es urgente que la sociedad despierte, que cada uno dé lo mejor de sí en lo que destaca, que se ponga objetivos claros y tenga el coraje de mirar a los ojos al que está arriba, teniendo el arrojo y la convicción de que puede obtener todo lo que desea siempre y cuando se lo proponga. Esa es la cura para matar a los parásitos, llamados conformidad y mediocridad, que enferman cada día a nuestro país. No es necesario hacer grandes revueltas como en la Independencia, o usar armas de fuego como en la Revolución. La situación de nuestro país exige diluir el sistema actual utilizando un arma más poderosa: la razón. •

Es urgente que la sociedad despierte, que cada uno dé lo mejor de sí en lo que destaca